

Durante todo un siglo se ha estado motejando a la Iglesia de ser intransigente o intolerante. El siglo XIX es el siglo del liberalismo, el siglo de la libertad. La libertad es el supremo valor que se reconoce en el hombre y la libertad es el supremo valor que hay que salvarlo a toda costa. El hombre llega a la cúspide, al vertice de su perfectibilidad cuando se le ofrece campo expedito para desarrollar su libertad. Y en todo ese siglo hay un enemigo de la libertad, en todo ese siglo la humanidad en la senda de su próxima prosperidad y de su anhelada felicidad tropieza con un obstáculo que es la Iglesia, que habla de la necesidad de la ley, que habla de la necesidad de la verdad. La ley y la verdad no dicen nada: la formula mágica de cuya implantación universal que de seguirse de por sí el equilibrio y el bienestar es la de dejar hacer, dejar pasar. Se reduce a su mínima expresión la intervención de la autoridad. Es que la autoridad en aquella mentalidad liberal no tiene más función ni más misión que la función y misión de un guardia de circulación que se coloca en un lugar, determinado para prevenir y evitar los choques. Pero el guardia se guardara de inmiscuirse en asuntos de nadie pidiéndole cuenta de dónde viene y a dónde va y menos se atreverá señalarle su curso. El hombre puede pensar como le da la gana, el hombre puede expresarse como le da la gana, el hombre puede hacer lo que le da la gana. Y por que el hombre puede hacer y debe hacer lo que le da la gana hay que desproveerle de todas las ataduras de la ley. No hace falta leyes que regulen las relaciones mutuas, para que las leyes que determinen los contratos de trabajo, las condiciones de trabajo, los puestos de trabajo. El obrero no se compromete a nada y si le da la gana trabajará aquí y si le da la gana se marchará a otra parte y si le da la gana trabajará por dos pesetas y si le da la gana trabajará por diez, lo mismo que el patrono podrá ofrecer y darle lo que le parezca, lo que le convenga. La justicia... de la justicia no se habla... la justicia brotara o se establecera como fruto de la libertad. Resultados? Ya los conoceis. Miseria, hambre en una inmensa mayoría del pueblo. Es que la libertad es la opresión del débil, como lo dijo el dominico Lacordaire: la ley es la libertad del pobre.

En ese ambiente y dentro de esa mentalidad el mayor reproche que se puede echar en cara a una persona o a una institucion es la de intransigente e intolerante que es decir enemigo del progreso y de la felicidad de la humanidad. Y así descargan sobre la Iglesia todas sus iras aquellos liberales. Se la tilda de retrograda, enemiga de la humanidad. Y todo porque enseñaba que la libertad tiene ejercitarse dentro de la legalidad. La libertad sin ley favorece injustamente al poderoso y oprime al débil, al pobre que no tiene para luchar contra el otro ningún recurso y siempre se vera abatido y dominado por la necesidad. Este liberalismo ha sido indudablemente una de las causas más profundas de la presente crisis social. El mundo se ha dividido en dos grupos: por un lado encontramos una masa de proletarios carentes hasta de lo mas indispensable y por otra el grupo de los privilegiados que explotando a esas masas ha ido acumulando todas las riquezas. El genero humano vive para unos pocos, exclamaba con razon un economista cristiano a fines del siglo pasado. "Las riquezas necesitan de una muchedumbre de pobres que trabajen, conviene que esos pobres sean ignorantes. En estos principios descansa aquella organización, y acaba con toda la legislación social y se abre paso a todos los abusos."

Preguntad en ese ambiente porque se rechaza la Iglesia y os dirán que porque es enemiga de la libertad y en la libertad esta la salvación. Pero el mundo despues ha dado otra vuelta. Y suele decir que los extremos se tocan. Efectivamente de un golpe ha pasado de un extremo a otro. Se ha dejado de creer en la libertad, pues se busca la salvación en la violencia y en la fuerza que es irreconciliable con la libertad. Y así al siglo XIX le sigue el siglo XX, siglo de la fuerza, de la violencia, fuerza y violencia que se traducen en los sistemas políticos predominantes y en los metodos que se usan por unos y otros. La miseria y la pobreza extranas a que habian llegado las masas provoca en estas la reaccion. Y los primeros gritos de rebeldia y los primeros gestos de violencia parten del seno de esas masas. La verdadera prosperidad y la verdadera violencia no pueden venir más que de la fuerza. El mito de la revolucion va abriendo paso. Se sueña de nuevo en una nueva aurora de la humanidad que ha de seguirse a esta crisis. Pero esa nueva aurora ha de estar precedida de sacudidas violentas en que se ha descargar todo el odio acu-

mulado en los corazones. Y así como el siglo pasado hubo un contagio en que unos y otros, los de bajo y los de arriba coincidían en una cosa, en la necesidad de la libertad, libertad que había de ser última a unos en la miseria y había de encumbrarles a otros al pináculo de las riquezas, también en este siglo ha habido un contagio y tal contagio que hoy difícilmente le entra a nadie que pueda esperarse la salvación de la humanidad y el reinado de la justicia de los métodos pacíficos, por los medios no violentos. Y la pobre Iglesia que el siglo pasado se vio postergada y atacada e insultada por intolerante y por retrograda tildada de ser enemigo de la libertad, esta vez se ve también sola en el mundo proclamando los métodos pacíficos, proponiendo como único camino de salvación el camino del amor, de la paz, de una evolución y de una renovación metódicas. Hubo un momento en el siglo pasado en el que los de arriba y los de bajo todos coincidieron en pensar y en proponer el ejercicio de la libertad como la única fórmula de salvación. En nuestro siglo hoy estamos atravesando exacta mente por el polo opuesto y hemos llegado a un momento en que se cree que la justicia no se ha de establecer a filo de espadas o al paso de la revolución. Y nos sonreímos ex-

cepticamente de las enseñanzas de la Iglesia que cree todavía en otros medios y tildamos a la Iglesia de ser demasiado condescendiente, de demasiado benigna que es lo mismo que decir enemiga de las masas que piden justicia, de las masas que piden pan. Y así como el siglo pasado les hubiera agradado una Iglesia y unos papas y unas encíclicas que ponderaran la libertad y enaltecieran la libertad y fuera benevola con todas las debilidades, así este siglo nos desagrada una Iglesia demasiado indulgente con los usurpadores de los derechos, una Iglesia que consiente que estén sus puertas abiertas a quienes se conceptúan de indignos. Hoy nos agrada una Iglesia que a cada momento usara el látigo para desbarbarizar sus altares y sus templos de los mercaderes y de los pecadores. Sabed que Cristo no manejó el látigo, mas que una vez en la vida. Muchas veces entró en templo, muchas veces comió con los pecadores y precisamente escandaliza a los fariseos esta magnanimidad del maestro. Acaso no pasa hoy otro tanto? Acaso no nos escandalizamos muchos porque se tolere la presencia de ciertos individuos en el templo, porque se consienta y se permita el acceso a ella de todos los que quieran? Se quisiera que ella estableciera un monopolio de la virtud, mejor dicho que ella ratificara y renociera el monopolio de la virtud y de la bondad que se encubre con unos colorines o con unos escapularios.

Todas estas críticas provienen del desconocimiento de la misión de la Iglesia. La Iglesia es para todos y la Iglesia Cristo la ha instituido como os decía otro día no solamente para que sea el instrumento de la justicia, sea el promotor de la justicia, sino también para que sea el dispensador del perdón, el padre de la misericordia. Ella anhela y busca el reinado de la justicia pero ella tiene conocimiento de la debilidad humana que nadie la substará y por eso sabe ser condescendiente con el pecador sea de una clase o de otra.

2.ª *El maestro de la verdad, que debe enseñar la verdad, enseñar la senda del bien, pero no imponer la a la fuerza, como tampoco la impone Dios. Después que el hombre sabe o debe de seguir libremente su camino. Le desbarbariza desde luego de los imperios.*

*Los jamaes le enseñan a vivir, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza.*

*Después de enseñar, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza, pero le enseñan a la fuerza.*